

## LA GENERACIÓN DEL 98 Y LA LITERATURA URUGUAYA

*Jorge Arbeleche*

### 1) Introducción

Para hablar de la posible relación entre la generación del 98 y nuestra literatura habrá que establecer los campos de trabajo y los criterios empleados.

En primer lugar, señalamos que, si bien nos estamos refiriendo a la generación en tanto tal, con sus características y afinidades en el campo cultural, histórico y social, también incluiremos en algún pasaje a la figura de Juan Ramón Jiménez, no por pertenecer al “98” en sí, sino por su contemporaneidad con algunos de sus integrantes y su relación con escritores nuestros.

Comenzaremos por marcar una zona de *semejanzas y diferencias* con algunas de nuestras generaciones literarias, como son las del 900, del 20, del 45 y del 60.

Luego nos apoyaremos en otra franja de la comunicación y es la que se refiere al contacto epistolar y, a veces, también personal, entre algunos escritores del 98 y otros nuestros. Entre ellos, destacaremos la correspondencia mantenida por Unamuno con Rodó y las cartas y comentarios expresados por aquél respecto a Delmira Agustini, a Juana de Ibarbourou, a Zorrilla de San Martín, a Carlos Vaz Ferreira y Ma. Eugenia Vaz Ferreira.

También ubicamos aquí a Juan Ramón, el modernista y no noventaiochista, como ya aclaráramos, pero lo hacemos por su contemporaneidad con los escritores de la generación estudiada y por el impacto producido en algunos de nuestros intelectuales en su visita de 1949 a Uruguay. Alguno de esos nombres nacionales son, entre los ya consagrados, Juana de Ibarbourou y, entre los nuevos, a quienes el autor de *Platero* promovió con entusiasmo, pueden citarse Idea Vilariño e Ida Vitale.

Esta sería la zona de los *contactos*, las *correspondencias* y las *comunicaciones*.

En último término estudiaremos el nivel de las influencias y/o afinidades. Allí nos detendremos en algunos aspectos de Unamuno y la poesía de Amanda Berenguer, así como el parentesco espiritual y lírico

que puede rastrearse en poetas como Washington Benavídes y Circe Maia con respecto a un maestro mayor: Antonio Machado.

### 2) La Generación del 98 – España y América

Piensa Leopoldo Zea que 1998 será la oportunidad para reflexionar y conmemorar otro centenario; el de la reconciliación iberoamericana.

Hace un siglo, el uruguayo José Enrique Rodó, en plena juventud, desde las páginas de su *Ariel*, sentirá la cercanía de espíritu y de raza con España en tanto manifestaba su distancia afectiva de todo lo sajón con aquella frase que se hiciera famosa respecto a los Estados Unidos: “Los admiro pero no los amo”.

Refiriéndose al libro, sostiene Rodríguez Monegal que “no nace sólo bajo el signo de Minerva, nace bajo el signo del Desastre”.

Pérez Petit agrega que lo que más detestaban él y Rodó junto al grupo pensante de la época, era la intervención yanqui, ya que el asunto con España bien podía entenderse como un problema de familia.

Opina Leopoldo Zea que en *Ariel* Rodó recupera la España que amaban los hombres que habían recibido de ella raza y cultura, la capacidad para asimilar todas las razas y culturas de la tierra. Expresa Rodó que “fueron los hombres de Felipe II que en la nave del Concilio de Trento atravesaron el océano para hacer con la espada el desierto de razas y culturas”.

José Vasconcelos, el mexicano, se refiere a América Latina como el sitio donde se ha de forjar una raza que será la definitiva porque asimilará a todas las razas.

No una raza en sentido biológico sino capacidad para ver en el otro un semejante a partir de su propia desemejanza. Concepto que hace suyo Rodó a lo largo de su obra con su culto a la tolerancia.

### 3) Semejanzas y diferencias

Pocas parecen ser las semejanzas entre las características de la generación del 98 y cualquiera de las nuestras. Por ejemplo, con la generación del 20 y del 30 caracterizadas por Real de Azúa más como grupos que como generación en sí, sin demasiada conciencia de ser tal, hay poca relación. Con respecto a la del 30, sus postulados estéticos son francamente casi opuestos; es así como a los noventaiochistas les atraía “más las verdades que las bellezas”, en feliz expresión de Pedro Salinas, en tanto los integrantes de nuestra literatura del Centenario estaban

más interesados en la idea de la poesía pura y la estética libre de cualquier contaminación.

Estuvieron más cercanos a sus contemporáneos españoles, los de la generación del 27 en relación a sus postulados artísticos, y algunos de sus integrantes influyeron mucho, como es el caso de García Lorca.

Se aproximaron más en el campo de las ideologías, en cuanto a que nuestros escritores de la década del 30 se vieron sumamente afectados por la Guerra Civil Española de 1936.

Si bien esta preocupación tuvo su origen en un acontecimiento de carácter político, nuestra generación de esa época conflictiva no tuvo una impronta político-partidaria definida, como tampoco la tuvieron las generaciones anteriores, como son la del 20 y la del 900. Hay más puntos de contacto entre esta última y la del 98, ya que además son contemporáneas, aunque nuestros creadores de comienzo de siglo se sentirán más dentro del espíritu del Modernismo, al que pertenecieron Rodó, Herrera y Reissig y Delmira Agustini, que al noventaiochismo.

Los escritores nuestros tuvieron una preocupación más marcadamente estética que ética, lo que los aleja de los del 98, en tanto los acerca a los modernistas.

La generación del 98 fue signada por una evidente tendencia al trascendentalismo y a la seriedad, cosa que no ocurrió con la del 27, cuyos integrantes hicieron de la alegría una especie de estandarte y aun de baluarte. Parecía que con esa alegría se hubiera querido romper con normas y hábitos obsoletos y que ese sentimiento fuera el instrumento indispensable para esos cambios. No solo hay humor en las actitudes personales de los escritores del 27, sino aún en muchas de sus obras. La broma, el chascarrillo y aun a veces la burla fueron moneda bastante corriente. No así actuaron las del 98, aun teniendo en cuenta algunos elementos de humor en Antonio Machado y de sátira feroz en las burlas de Valle Inclán. Con relación a nuestras generaciones, es la del 98 la que más se aproxima al talante de nuestra literatura ya que nosotros no ostentamos demasiado humor. Nuestro 900 estuvo más bien preocupado por problemáticas generales, sociales y sobre todo estéticas; los del 20 fueron un grupo confiado y más bien apacible, pero no precisamente alegre o humorista; en el 30 solo aparecen rasgos de humor aisladamente en Alfredo Mario Ferreiro y en el 45 aparece especialmente la crítica, a través de la sátira, la burla y la ironía a veces arrasadora y exagerada de Benedetti o de Maggi, quienes junto a sus compañeros procedieron a la demolición de una red de mitos que, de alguna manera, constituían una suerte de identidad nacional. El hipercriticismo, la exacerbación de lo intelectual, la exigencia e inclusive la intransigencia lograron

imponer un espíritu que reflejaba la crisis y el desencanto; por esa vía podría establecerse un cierto parentesco con la gente del 98. Pero nuestro país quedó, por décadas, huérfano de figuras y de referentes culturales válidos.

El parricidio del 45 fue demoledor y muchas veces ciego, sin escoger bien los blancos adecuados, lo que no ocurrió con los del 98, ya que si negaban furiosamente a Etchegaray, continuaron respetando y valorando a Galdós o a Leopoldo Alas.

También se estableció entre Unamuno y Carlos Vaz Ferreira una importante relación epistolar que, más allá de las evidentes, manifiestas y discutidas diferencias de orden estético e intelectual, nos muestra dos espíritus nobles que supieron reconocer en la oposición del otro, en la divergencia del contricante –si así puede llamárselo– el derecho a la diversidad y al libre pensamiento.

Me interesa destacar a este respecto el telegrama que enviara Vaz Ferreira, con otras firmas apoyándolo, en ocasión de su destierro en Fuerteventura y que se reprodujo en la prensa de Montevideo, en *El Diario* del 15 de agosto de 1924.

Dice así:

“Cerrar Ateneos, detener a Unamuno, es decisivo.  
Todos los países de América seremos Ateneos.  
Todos los escritores de América hablaremos por Unamuno. Los hijos americanos de España que la amamos tanto, exhortamos a Uds. a que reaccionen o dimitan, no por España, que siempre sabrá salvarse, sino por Uds. a quienes en este momento los toma la Historia y no tendrán salvación.

*Carlos Vaz Ferreira*”

A lo cual respondió el exiliado así:

“Gracias a todos Uds. los hombres del Uruguay. Transmita a sus compañeros, a su pueblo, con mi saludo, mi fe robusta, mi esperanza viva y vivificadora en el porvenir de la libertad y la dignidad del pensamiento hispanoamericano, pensamiento justiciero.

A través de la mar, que sonrío a nuestras trágicas flaquezas, desde esta isla venturosa, descarnada y esquelética, pedazo de África austera, le estrecha la mano.

*Miguel de Unamuno*

Puerto Cabras de Fuerteventura – 11-V-924”.

#### 4) Contactos y comunicaciones

Unamuno es el escritor “en contra de todo”.

¿Podría esta definición de Unamuno por Ferrater Mora explicar el entusiasmo del vasco por la poesía de la primera Juana y la de Delmira?.

Según Ferrater Mora, Unamuno es producto de una época en la cual se pensaba que las ideas podrían resolver todo.

Lo único que había que hacer era descubrir cuáles eran esas ideas. Es la típica filosofía de la modernidad que cree en el progreso como en una línea recta.

De ahí se deduce la primera afiliación del vasco con el pensamiento de Rodó, que no siempre se continuó como lo demuestra la entrevista que le hace Carlos Quijano en París en 1924. Pero pienso que esto no significa abjurar de Rodó en tanto escritor sino que más bien confirma la posición de Unamuno de estar en contra de todo: más bien explica sus propias contradicciones o vaivenes.

Su negativismo es una forma de manifestar que no se puede hacer gran cosa con las ideas y por lo tanto con las doctrinas en cuanto sistema de ideas, y que había que ir a otra cosa.

Ese “negativismo” puede aliarse con la afirmación vital de los primeros poemas de Juana y sería como la aleación de los contrarios.

En oposición al negativismo y al escepticismo, a una cultura impregnada de pensamientos y conceptualización, manifiesta su entusiasmo y adhesión a una poesía sensorial, sensual, exenta de doctrina y afirmadora de las cosas simples y cotidianas.

Asimismo, Unamuno gozaba de citar el libro de William James *La voluntad de creer*, que explica gran parte de su íntima conflictiva.

Siente “el misterio de la personalidad” y eso, posiblemente, lo acerca al Rodó de *Ariel* y especialmente al que aparecerá en *Motivos de Proteo*.

Su posición “*contra*” es sinónimo de oposición; en parte equivale a un cierto ejercicio intelectual.

Estaba *contra* en el sentido de no estar de acuerdo con *nada*.

Debemos, asimismo recordar que en los elogios a Delmira y a Juana también hay reparos, más hacia la primera que a la segunda. Quizá porque encuentra que en Delmira, más allá de su indiscutible talento, que él reconoce sin ambages, hay sin embargo un plegamiento al lenguaje poético epocal, a una moda literaria; en cambio, en Juana los reparos, que los hay, son, sin embargo, menores, ya que ese lenguaje tan llano y cotidiano estaría más a gusto con su modo de “estar en contra” de lo establecido, pues, si bien hay en *Las lenguas de diamante* todavía algún resabio modernista, ya aparece una lengua poética mucho más ligada a

la realidad y al paisaje agreste y rural, que se respira en ese libro a plenitud y no proviene de ninguna experiencia literaria, sino de la vivencia experimentada o, al menos, con la apariencia de tal.

Según Ferrater Mora, el *contra* debe apoyarse en algo, es lo negativo de lo positivo. Y entonces la poesía de Ibarbourou podría haber sido el contrapeso del negativismo del vasco.

Las cartas dicen así:

“El Rector de la Universidad de Salamanca  
Particular  
15 IV 10

Sra. Da. Delmira Agustini

Señora: Abrí sus *Cantos de la Mañana* con el recuerdo de otras poetisas orientales que he leído en una colección: (Entre ellas recuerdo ahora a Eugenia Vaz). Y vi lo primero que es musa hispana, gitana su sangra y teutón el rubio vaso.

¡Alma que cabe en un verso  
mejor que en un universo!

¡Qué intra-femenino, es decir, qué hondamente humano es esto!

Las noches son caminos negros de las auroras ....

Sí, por la noche se va mejor.

No sé dónde, pero en alguna parte he expuesto el ensueño de que en la otra vida vivamos al revés, hacia el pasado, que retroceda el Tiempo.

¡Fuerte como en los brazos de Dios!

¡Qué poético, es decir, qué íntimamente verdadero es esto! Y los brazos de Dios son la soledad.

De las mil cosas, unas sublimes y otras grotescas, que a la luna se le han dicho pocas más poéticas que llamarle “prometida del Misterio”. La luna es la esfinge del cielo.

Sí, por mi parte sé lo que es llevar dentro una estrella dormida que nos abraza sin dar fulgor. ¿Y esa extraña obsesión que tiene usted de tener entre las manos unas veces la cabeza muerta del amado, otras la de Dios? ¿No está ésta también muerta? Acaso su cabeza sí; pero su corazón no. Dios discurre con el corazón.

Y se besaban hondo hasta morderse el alma! y el alma suele morir de esas morderuras!

Es lástima que para rimar haya usted hecho aguda la voz anaque, que es llana en griego y debe serlo en castellano. Lo otro, es leerla a la francesa. También está de más la K.

Engastada en mis manos fulgurada como oscura presea., tu cabeza...

¡Y vuelve la misma obsesión! SÍ, de la cabeza fluye una vida ignota. El hombre, dicen, tiende a convertirse en un hipertrófico cerebro servido por órganos. El vestido redujo la estatuaria al busto.

Y ahora, después de estas fugitivas notas, escritas mientras leo su libro, no quiero leer las “Opiniones sobre la poetisa”. ¿Para qué? Voy a leer el otro, *El Libro Blanco*. Lo abro ahora mismo y anoto:

He leído las dos composiciones. No tienen ni la intensidad ni la intimidad de las de su otro libro. Ha progresado usted, es decir, ha vivido.

¡Si mi labio está aún dulce de la oración que os llama!

¡Muy poético! Y luego el devoto se relame los labios. La oración endulza al alma; y la embalsama para la muerte.

La rima es el tirano empurpurado

De esto le escribiría todo un libro, pero como pienso escribir de ello... Además, ya en mis Poesías dediqué un soneto a la rima, a esa rima generatrice y desviadora. Da una asociación de ideas externa. Y por otra parte ¿por qué no hablamos de usarla independientemente del ritmo, disociada de él, repartida entre los versos, pero no a los finales? Esto daría una nueva orquestación.

La poesía “La Estatua” me recuerda algo que he escrito titulado “Calma” y que aparecerá en mi segundo y nuevo tomo de poesías. ¿Y no ha pensado usted en lo de tener una cabeza de mármol, de mármol frío y duro, entre las manos?

La forma es el pretexto, el alma, todo!

¿Y si el alma no fuera más que forma? Todo es forma, forma más o menos íntima; forma el ropaje, forma la piel, forma la encarnadura, forma las entrañas. Lo que hay es que los que se dicen cultores de la forma lo son de la más externa. Entre mis pobres versos prefiero los más informes, es decir, los de forma más pura..

Mi musa tomó un día la placentera ruta /etc.

Despínela usted y quítele las galas parisinas; muéstrenosla desnuda. Es lo que ha empezado a hacer en sus *Cantos de la mañana* donde ya se ha librado de *no poca retórica* que hay en este *Libro Blanco*. *De aquí el progreso*. Ha ahondado en la forma: del ropaje pasó a la encarnadura. ¡Aún más dentro!

Tal llega a amarse un gran dolor amigo...

¡Como que se vive de él ... !

“El poeta y la Ilusión”, Pág. 55. Esto sí es retórica y forma la más externa y puramente formal! No, cosas así, no!

Sin el espectro destructor del Tiempo...

Sí, sí, esa es mi canción!

sin el fantasma eterno del mañana ...

¡Esto no! Lo malo del tiempo es el pasado. Lo grande es el porvenir, el eterno porvenir, el que jamás se hace pasado; lo santo es la eterna esperanza, la que jamás se convierte en recuerdo. Fue la Esperanza, la que creó los mundos. vivir es esperar. La fe, dice San Pablo, es la sustancia de la esperanza. ¡No! La esperanza es la sustancia de la fe, como el pasado es la sombra del porvenir. Se cree lo que fue; se espera lo que será. Voy a componer, fundiendo esta metafísica en poesía, un canto a la Esperanza.

“Misterio: ven...” De esto no puedo decirle nada. porque ... Si usted conoce algo mis poesías llenará estos puntos suspensivos. SÍ, eso del más allá es la fuente de toda poesía.

Hoy día 16.

¡Sobre tus hombros pesará mi cruz!

Si no pudiéramos cambiarnos los hombros las cruces no viviríamos. El mejor modo de descansar del dolor propio es tomar sobre sí el dolor ajeno.

“Desde lejos”. ¡Muy bien! Sí, una mujer no puede ofrecer a un hombre nada más grande que su destino. Y eso de mi alma es frente a tu alma como el mar frente al cielo es de verdadera grandeza.

Y cierro este libro; menos intenso y menos íntimo que el otro.

¿Impresión de conjunto? ¿Juicio total? ¿Para qué? Sucede que es uno sincero y espontáneo en cada eslabón, y luego hace con ellos una cadena, falsa. No, no quiero resumir ni sintetizar.

Y ahora espero otro libro de usted. ¿Libro? Ya sabe usted lo que quiero decir. Porque esto de libro no dice lo debido.

Y espero que siga Ud. viviendo.

Le saluda con toda simpatía de compañerismo.

*Miguel de Unamuno*”

De Miguel de Unamuno

*Cabecera del Valle*

Señora Doña Juana de Ibarbourou:

He leído, señora mía, primero con desconfianza y luego con grandísimo interés y agrado su libro *Lenguas de diamante*. La desconfianza es en mí antigua por lo que hace a poesía de mujeres. El soplo poético de una Safo que desnuda castamente su alma – que cuesta más que desnudar el cuerpo – en sus versos, desapareció casi con el cristianismo. Después, el llamado amor místico ha sido una hoja de parra, cuando no una máscara. Aquí, en nuestra España v.gr. creo que los versos más cálidos son los de Carolina Coronado, pero si cuando habló su alma de madre, cantando a su hija, es incomparable, sus versos al “amor de sus amores” son una hoja de parra, una hoja reseca y arrugada por un amor oculto y ay! le falta frescura. Una mujer, una novia, aquí, no escribiría versos como los de usted aunque se le vinieran a las mientes y si los escribiera no los publicaría y menos después de haberse casado con el que se los inspiró. Y si una mujer, aquí, se sale de la hoja de parra de mistiquerías escritoras es para caer en cosas ambiguas y malsanas. Por eso me ha sorprendido gratísimamente la castísima desnudez espiritual de las poesías de usted, tan frescas y tan ardorosas a la vez. Y al enviárselas, como me pide, a J.R. Jiménez y a los Machado, se las recomiendo.

Claro que en sus poesías hay, para mi gusto, desigualdades. La nota triste, descorazonada y pesimista no le sale a usted bien. Me parece que se imagina, más que siente, el desengaño. Le debe de tener a usted muy presa la vida. Y que esto le dure mucho.

“La espera”, “Lo que soy para ti”, “La hora” (estupenda), “Implacable”, “El fuerte lazo”, “Te doy mi alma”, “La cita”, “Las parvas”, “La promesa”, hermosísimas, hermosísimas.

Releí su libro volviendo a leerlo en voz alta a un amigo ciego, poeta también, a quien acompaño a diario y a quien sirvo de lazarillo y de lector, y no sabe usted bien lo que lo impresionó “La angustia del agua quieta”. Por lo demás fue él quien me sugirió -¡a mí, profesor de literatura griega! – el recuerdo de Safo; de la Safo histórica, por supuesto, no de la legendaria. Y ahora ¿a qué vendría que le hablase a usted de lo que creo inexperiencia de léxico, de ciertas pequeñas violencias del lenguaje y de sumisiones a la tiranía de la rima? Eso importa poco.

Lo que sí creo es que debe usted dejar las tristezas hasta que ellas le vengan que, desgraciadamente, teniendo como usted tiene un alma sensible y hasta ardiente, le vendrán – y le basten cuando usted dice:

¡Oh, deja que la rosa desnuda de mi boca  
se te oprima en los labios!

suenan ella a algo natural, espontáneo, sentido (yo en vez de oprima, vocablo demasiado literario, habría dicho apriete) pero cuando añade:

Después será cenizas bajo la tierra negra,  
esto me parece más razonado que sentido.

Así, “Lacería” me agrada pero no me convence. Y no es que yo no guste ni sienta ese sentimiento; al revés, lo siento acaso más que el otro y he propendido siempre a lo elegíaco más que a lo idílico, pero en usted me suena algo así como uno que, dueño de una lira de excepción, quisiera tocar todas sus cuerdas y alguna de ellas era de prestado.

Su libro me interesa. He de decir algo más, y no a usted sola, de él.

Veo por su apellido que tiene usted sangre vasca, pues su apellido, aunque usted lo escribe a la francesa, es vasco puro – “cabecera del valle”, significa – y yo soy vasco puro.

La saluda con toda simpatía.

*Miguel de Unamuno*  
Salamanca, 18.IX.19”

En una de sus colaboraciones en *La Nación* escribe:

“Una excelente, excelentísima poetisa oriental –y esto de oriental le cuadra por algo más de ser uruguaya– Juana de Ibarbourou, ha escrito unas poesías de una castísima y ardiente desnudez, de un ardor de pasión contenida que recuerda a las de Safo –no las de la leyenda– poesías que no sé de mujer española que las haya escrito y si las hubiera escrito no las hubiera publicado.

*Miguel de Unamuno*  
*La Nación*, Bs.As. 1919”

Concepto ratificado en entrevista a Quijano, años más tarde, en París, aunque sugiere el riesgo de la repetición.

Para él, la personalidad se hace y deviene. Y en eso coincide con Rodó.

La afinidad con Juana puede derivar de su desencuentro espiritual con la forma refinada del modernismo de Rubén Darío.

Dice Borges refiriéndose a Unamuno como poeta que “no hay en sus versos el más leve acariciamiento de ritmo. Son claros pero su claror no es comparable al de un árbol que albrician primavera las hojas, sino la trabajosa claridad, de una demostración matemática”. Esto nos habla, por un lado de la jerarquía intelectual del español que, más allá de las diferencias, puede aquilatar la calidad poética de la joven desconocida poeta uruguaya. Pero, por otro lado, como no todas las luces son iguales, quizá sea esa claridad a la que alude Borges, el ámbito de sentido y experiencia que unió al veterano escritor con la veinteañera poeta oriental.

Con relación a Rodó hay un importante y nutrido epistolario que muestra, más que una afinidad intelectual, un gran respeto, más allá de las diferencias, y una actitud casi permanentemente discipular del uruguayo hacia el español. Por otra parte, éste manifestó ese mismo respeto, pero marcando bien sus diferencias y aun sus disgustos hacia Zorrilla de San Martín –aunque valoraba mucho el Tabaré– y a los hermanos Vaz Ferreira. Las diferencias las marca desde siempre, ya que en una entusiasta carta que le envía en 1905, donde le elogia con inusual entusiasmo tanto sus discursos como su famoso poema, le manifiesta textualmente:

“Por todo ello, verá cuán sinceramente aprecio y admiro su labor. Y eso que nos separamos bastante en ideas”. Las discrepancias se hacen más visibles hacia 1925 en una entrevista que le hace Quijano en París, en su destierro; allí se refiere más bien al tratamiento hacia Artigas, con quien Unamuno no simpatiza y a quien califica “de caudillo de montonera, bárbaro suspicaz y enemigo de la civilización”. Algunas de estas opiniones fueron censuradas por *La Nación* de Buenos Aires, para no herir susceptibilidades nacionales. Fueron vertidas en su correspondencia personal. Dice de Zorrilla que “tiene una de las grandes ventajas del poeta-orador, y es que hasta las metáforas seculares se rejuvenecen en sus labios y parecen dichas por la vez primera”, y más adelante agrega: “Esto sólo puede hacerlo el poeta; sólo el poeta es gran orador”.

En 1906 dirá: “De las obras inspiradas en el amor a esos antiguos pueblos indígenas sólo conozco una de veras hermosa, el más sentido y más hermoso poema americano que conozco ... del grande, del grandísimo poeta uruguayo Zorrilla de San Martín”.

### 5) Afinidades e influencias

Mencionábamos hace unas páginas una interesante coincidencia entre el credo estético de don Miguel y la postura poética de Amanda Berenguer.

Unamuno decía: “Piensa el sentimiento, siente el pensamiento”. Para el escritor, la poesía debe ser “peso”, no música, puesto que “lo pensado es, no lo dices, lo sentido”. Por otra parte, Berenguer, muchos años después y en otras latitudes, manifiesta “sentir la inteligencia”.

Creo que ambos han desterrado la falsa distinción entre la sensibilidad y el intelecto. La mejor respuesta para esa aparente dicotomía la da Saint-John Perse cuando sostiene que “la gran aventura del espíritu poético no les cede en nada a las dramáticas aperturas de la ciencia moderna. El misterio es común”.

Se puede establecer entre Unamuno y Rodó una cierta afinidad espiritual en relación al valor que ambos le dispensan al concepto de tradición. Hay una inquietud paralela, en los dos referida a la idea y a la necesidad de acción, de cambio, pero siempre dentro de una importante urdimbre cultural.

Rodó define su *Ariel* como obra de acción y considera a España como “hogar” coincidiendo así con Leopoldo Zea, quien sostiene la tesis de un no rompimiento afectivo con la “Madre Patria”, más allá de la desvinculación política. El autor de *El mirador de Prospero* se siente muy cercano a Leopoldo Alas y considera al autor de *Niebla* como el más pensador, el más profundo y reflexivo.

En este campo hay puntos de contacto; no los hay, en cambio en su expresión. Los dos coinciden en su concepción de la literatura como una herramienta del pensamiento y de la reflexión, pero difieren notablemente en su estilo. Así, Rodó posee una escritura cincelada, profundamente esteticista, enraizada en el movimiento modernista que lidera Darío, a quien, por otra parte, el uruguayo admira.

En cambio, el estilo de Unamuno es improvisado y a veces desprolijo. Y aun cuando se ciñe a normas rígidas, como en su poesía donde se somete a la métrica y a la rima más clásicas, no lo hace para halago del oído, es decir, en busca de la música de la palabra y de la idea, como diría el creador de *Azul*, sino que allí está buscando la expresión más fiel de su pensar.

Por último, hay también afinidades, más que influencias, entre Antonio Machado y Washington Benavides y Circe Maia. Para el español la poesía es “palabra en el tiempo”, verdad vivida, reflexión pasada por la zona de la sensibilidad. Maia, en el prólogo de su libro *En el tiempo*,

se adscribe a estos postulados; sostiene que el lenguaje poético tiene la misión de “descubrir y no cubrir; descubrir los valores, los sentidos presentes en la existencia y no introducirnos en un mundo poético, exclusivo y cerrado”.

“Para cumplir su misión, el lenguaje cuenta con el auxilio de las cualidades formales: los valores sonoros, cierto ritmo, cierta estructura. Ellos son función del contenido, mejor dicho, la única manera como el contenido logra su existencia”.

Por otra parte, Benavides se emparenta con Machado en diferentes aspectos. Por un lado, tenemos al poeta español y sus heterónimos, principalmente Juan de Mairena. En el uruguayo no se da esto, pero sí podemos afirmar que no hay un solo Benavides, ya que junto al poeta que cultiva los metros tradicionales convive el poeta popular; pero además está el preocupado por problemas estéticos y metafísicos junto a aquel que canta las glorias y miserias de lo cotidiano en íntima comunión. Está el Benavides dolorido y consustanciado con el dolor de un pueblo y una ciudad, y es el poeta que canta a las pobres gentes de Santa Isabel de Paso de los Toros, en Tacuarembó, cuando las terribles inundaciones de 1959, que recuerda por su pudor, objetivismo y distancia – que no lejanía – al poeta español. de la serie “Campos de Soria”, donde el amor a los hombres y mujeres de esa región se expresa con el mayor recato, sobriedad y calidez.

Otro punto de contacto entre A. Machado, Benavides y Maia es el tratamiento que le dispensan al tema del tiempo y la muerte, a través de la evocación de un familiar desaparecido. Para los tres la poesía sirve, igual que para Unamuno, para “decir” el mundo y su concepto, pero también puede tener otra función y es la de poder recuperar mediante el verso una vivencia, un sentimiento, un ser, alguien. En el caso de Machado y de Benavides, ambos se refieren al padre.

### *Sin Réquiem*

Yo no te amo –hombre que fuiste padre–  
por simple descendencia.  
Por la continuidad de savias  
en la sangre, en los ojos, en las médulas;  
o por orgullo (con malignidad  
secreta  
que invierte al tiempo  
como un reloj de arena,

y en vez de ser reflejos de aquel hombre  
en una entidad nueva,  
vemos, en la nobleza de su cara,  
solo el espejo de nuestra soberbia:  
él, es el hijo  
de la arrogancia nuestra...)  
Así yo no te amo.  
Con la jactancia que un retoño observa  
la agónica y sombría suerte de las raíces,  
que agónica con la muerte ven la tierra.  
Yo te amo por hombre y por legítimo.  
Porque tu risa y tu sudor fueron iguales fiestas.  
Porque ayer, presentes, porvenires,  
iban en tus maletas.  
(de alumno de la vida y de la muerte)  
elementales, simples, como charque y galleta.  
Porque escribiste como quien ara  
e hiciste a puro corazón tu guerra;  
y fuiste herido en Masoller  
junto a sus grises cercos de piedra  
Mas, nunca ahumó la vanagloria  
esa dura experiencia,  
y preferiste hablar de los amigos:  
de Román, de Fructuoso, de la yerba  
escasa de las papas asadas y los rumbos  
con aguaceros y tormentas.  
Y tu palabra, como un álamo recta,  
sin odio  
ni epopeya,  
(¡cuántos rostros queridos se borraron  
en aquellas conciencias!)  
iba verificando madrugadas,  
vivaques melancólicos o siestas,  
en que una guitarra destemplada  
ponía el alma tensa...  
Por estas pobres cosas yo te amo,  
y sigo en la tarea ...

*Los rostros amados*  
Washington Benavides

Esta luz de Sevilla ... Es el palacio  
donde nací, con su rumor de fuente.  
Mi padre, en su despacho. –La alta frente,  
la breve mosca, y el bigote lacio–.

Mi padre, aún joven. Lee, escribe,  
hojea sus libros y medita. Se levanta;

va hacia la puerta del jardín.  
Pasea. A veces habla solo, a veces canta.

Sus grandes ojos de mirar inquieto  
ahora vagar parecen, sin objeto  
donde puedan posar, en el vacío.

Ya escapan de su ayer a su mañana;  
ya miran en el tiempo, ¡padre mío!,  
piadosamente mi cabeza cana.

Antonio Machado

El español ve al padre joven, en actitud dinámica, en pleno hervor vital, mirando y acariciando a su hijo, ya viejo. Padre joven, hijo maduro que, gracias a la poesía, logran el imposible reencuentro.

Benavides, a través de diferentes instancias, en libros como *Tía Cloniche* o *Fotos* rescata al hombre y al afecto del desgaste del tiempo, como por ejemplo en el poema “Sin Réquiem” donde hace una viril declaración de amor al padre y una suerte de consigna militante de ese sentimiento, a través del estandarte erguido de su apuesta por la vida: “por esas pobres cosas, yo te amo,/ y sigo en la tarea...”. Recuerda y rescata no al héroe sino al de los amigos, el de la yerba escasa y las papas asadas. Y la palabra recta como un álamo.

Ese mismo rescate de las cosas pequeñas y esenciales es el que hace Circe Maia cuando detiene el tiempo “A las 3 de la tarde”, el exacto momento de la partida, cuando se establece la definitiva frontera y aparecen, entonces, vivos en el recuerdo y por la poesía, los objetos que hacían el quehacer diario del ser que partió: el ovillo, las agujas, la lana verde, el cielo.

*La Muerte*

A las tres de la tarde la anocheció de golpe.  
Se le voló la luz, el piso, las agujas  
del tejido, la lana verde, el cielo.  
Ves qué fácil, qué fácil:  
un golpecito, un hilo  
que se parte en silencio  
a las tres de la tarde.

Y después ya no hay más. De nada vale  
ahogarse en llanto, no entender, tratar  
de despertarse.  
Muerte, de pie, la muerte  
altísima, de pie, sola, parada  
sobre mayo deshecho.

*En el tiempo*  
Circe Maia

Entonces, tanto el español como estos uruguayos nuestros, contemporáneos, sostienen una misma actitud frente a la poesía: es también la instancia que va más allá de la cruda realidad, pues es, como dice la argentina Alejandra Pizarnick, “el lugar donde todo es posible”.

Hemos intentado, pues, dar algunas pinceladas que testimonien el sello dejado por esos hombres del 98, a quienes “les dolía España”, y que contribuyeron de manera decisiva tanto en la historia de su país como en la nuestra.